



Excelentísimo Señor Alcalde de la ciudad de Sevilla; Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Sevilla; Excelentísimo Señor Consejero de Sanidad, Presidencia y Emergencias de la Junta de Andalucía; Excelentísima Señora Rectora Magnífica de la Universidad de Sevilla; Excmo. Sr. Almirante Jefe de la Flota; Excelentísimas e ilustrísimas autoridades; Señoras y señores; Damas y Caballeros Maestranteros,

A todos ustedes que nos acompañan en este acto de entrega de Premios, a los Trofeos Taurinos de la pasada Feria de Abril y a los Mejores Expedientes Académicos de la Universidad de Sevilla, mi agradecimiento. No sólo por la gratísima compañía. Estar esta noche aquí no es simplemente haber venido; significa sumarse a la celebración de los premiados, que –como veremos– es algo que reviste una particular importancia.

No es extraño que, para nuestra Corporación, este sea el acto público más solemne. Lo hemos cuidado durante más de sesenta años y esa persistencia nos permite ahora enorgullecernos de una impresionante nómina de premiados cuyas obras y trayectorias hablan por sí solas. La solera adquirida por nuestros premios, lejos de envejecerlos, los rejuvenece. Nuestro propósito es celebrarlos año tras año con una ilusión más fresca y más clara —más joven cada vez.

Y queremos celebrarlos además con una conciencia plena de la trascendencia que subyace en el hecho de premiar el mérito. Su Majestad el Rey, nuestro Augusto Hermano Mayor, nos precede. En la entrega de los Premios Princesa de Asturias de 2016 subrayó que el ejemplo de los premiados «nos mueve a la reflexión sobre el lugar destacado que, en la vida de las sociedades, tiene el reconocimiento». Así es. Fieles al ejemplo de Su Majestad y aprovechando la ocasión que nos brinda la excelencia de nuestros homenajeados queremos seguir el hilo de su reflexión.

Premiar es uno de los impulsos más hondos del ser humano. Ese gesto, en esta Casa, lo hemos vivido muchísimas temporadas taurinas y lo viviremos en la temporada que está a punto de comenzar. En la plaza, el «ole» nace espontáneo y al unísono. La unanimidad admirativa, simbolizada en el óvalo de las gradas que ovaciona como una ola, es otra de las grandes aportaciones que la tauromaquia hace a la vida actual de España, a veces demasiado remisa a la admiración. El toreo es una reserva natural de asombro y de entusiasmo.

En otros ámbitos sociales, en cambio, se percibe una cierta resistencia a la reverencia. Siendo la igualdad un valor esencial, no es el único. Cuando se la absolutiza, corre el riesgo de transformarse en un igualitarismo que sospecha de quien destaca. El filósofo Miguel Ángel Martí ha advertido de que, en sociedades muy niveladas, puede crecer silenciosamente la envidia. Y ésta no sólo hiere al excelente: empobrece a todos, porque desincentiva el esfuerzo y enfría las vocaciones.



Los mejores expedientes de la Universidad —que hoy premiamos— son un ejemplo perfecto de ese valor social de la excelencia al que no podemos renunciar. Estos alumnos han destacado gracias a las virtudes de la laboriosidad, la templanza y el sacrificio, así como a su inteligencia. También han necesitado de otra virtud que a veces se olvida, pero jamás en esta Real Maestranza de Caballería: el valor. Han tenido que ser muy valientes para superar, día a día, curso a curso, el recelo al compromiso, la tentación de dejarse llevar por lo fácil o la reticencia a ser brillantes contra viento y marea.

No cedieron. El resultado de ese logro individual de nuestros premiados redunda en un beneficio común.

Estamos seguros de que su desempeño profesional e investigador será excelente. Aportarán un progreso indudable a la sociedad. Ya durante la carrera han contribuido a elevar el nivel académico, a estimular a sus maestros y a sostener, bajo la guía del antiguo Rector, tan querido en esta Casa y, ahora, de la Rectora Magnífica y de su claustro de profesores, el imprescindible prestigio de la Universidad de Sevilla.

Lo mismo puede decirse de los triunfadores de la pasada feria taurina. Su arte, sostenido con frecuencia épicamente frente a incomprensiones interesadas, contribuye de manera impagable al mantenimiento de la tauromaquia, enciende—¡y cómo!—la afición de la gente joven, garantía de futuro, y despierta el interés de toda la nación, que percibe (gracias al atractivo de sus triunfos) la importancia antropológica y cultural de la Fiesta.

Un toro cuajado, un lance exquisito o una brega perfecta afirman y protegen este tesoro ancestral de nuestro patrimonio.

En consecuencia, los premios son individuales, pero el enriquecimiento es colectivo.

Y así lo confirma la Corona cuando, en los Premios Princesa de Asturias, recuerda que «una sociedad madura sabe reconocer la excelencia no como un fin en sí mismo, sino como una luz en el camino común».

Con coherencia, Felipe VI, entre los muchos servicios que presta a España —más o menos públicos, pero siempre constantes—, reserva una considerable parte de su agenda al reconocimiento del mérito en sus más diversas expresiones: el Premio Cervantes, los Premios Princesa de Asturias, los Premios Nacionales del Deporte y tantos otros.

El titular de la máxima autoridad civil de la nación no reclama atenciones, las otorga. Es una constante beneficencia.



Para entenderlo, observemos cómo la admiración común cimenta la unidad de España. Pocas veces nos sentimos tan compatriotas como cuando festejamos a uno de los éxitos de nuestros deportistas, como Nadal o Alcaraz, o cuando vemos entrar a un torero o a una ganadería en los terrenos de la leyenda o el mito, o cuando nos congratulamos por los logros de un científico, últimamente con los de Mariano Barbacid.

La cicatería y el egoísmo nos rompen y enfrentan; pero la admiración nos suma. El patriotismo es, primariamente, una celebración compartida.

Se nos quiere hacer creer que quien destaca se distancia de la solidaridad. Pero, en realidad, la excelencia de uno lo aleja de la comunidad sólo en la medida en que ésta ya no sepa admirar. Cuando un grupo, un pueblo o una sociedad aplaude con generosidad a un miembro destacado, se cohesiona más y alienta nuevas vocaciones.

«La admiración, como la ha definido Aurelio Arteta, es el sentimiento de alegría que brota ante la excelencia moral ajena y suscita en su espectador el deseo de asemejarse a ella». No es un juego de suma cero, sino un círculo virtuoso. O, mejor dicho, estando como estamos en la Maestranza, un óvalo virtuoso.

En esta Casa lo entendemos muy bien desde hace más de 350 años. Somos especialistas en admiración.

Un antropólogo de la talla de Higinio Marín ha explicado el quiebro a la envidia y el par de banderillas que la reverencia conlleva: «Esta treta es muy afín a sociedades o culturas aristocráticas que aprecian el valor positivo de la diferencia, y que conciben la admiración como el resorte para la emulación y el intento de la propia grandeza y perfección».

Como Corporación Nobiliaria, está en nuestra esencia el agradecimiento a nuestros mayores y la voluntad de hacer de la vida un esfuerzo por alcanzar sus virtudes.

El respeto a los ascendientes es una estupenda escuela para la consideración a los que ascienden con el estudio y a los que nos elevan con la emoción de su toreo.

Somos conscientes, por tanto, de que esta tarde nuestro papel es secundario: consiste en aplaudir, pero también somos conscientes de que se trata de una aportación necesaria.

Con más fondo del que su festiva elegancia le permite aparentar, lo dejaba caer el poeta sevillano Manuel Machado en una seguidilla flamenca, dice así:



Una fiesta se hace
con tres personas:
uno baila, otro canta
y el otro toca.
Ya me olvidaba
de los que dicen: «¡Ole!»,
y tocan palmas.

Las palmas y el «ole», como saben por experiencia propia los taurinos que nos acompañan, forman parte de una faena cumplida. También deben serlo y queremos que lo sean, de una carrera universitaria redonda.

La Real Maestranza de Caballería considera un deber corporativo que emana de su naturaleza animar a todos al espíritu del heroísmo: ya sea el heroísmo artístico, como en el de nuestros premiados taurinos; el literario, como mostrará, sin ninguna duda, el próximo pregón de Rubén Amón; el pictórico, como ha reflejado el cartel de sabor clásico —es decir, actual, es decir, eterno— de Jiri Dokoupil; o el heroísmo intelectual de nuestros premiados académicos.

Llegando ya al final de esta reflexión, recordamos, como un aldabonazo, los versos graves del hermano de Manuel, Antonio Machado. En ellos el poeta nos advierte, irónico y dolorido, de los males que aquí hemos venido a remediar, dice así:

La envidia de la virtud
hizo a Caín criminal.
¡Gloria a Caín!... hoy el vicio
es lo que se envidia más.

Nosotros, como el ilustre escritor sevillano; contra el mundo y la moda, escogemos la virtud, sí, siempre, sin duda; pero ni siquiera para envidiarla, sino para celebrarla sin reservas, con todas nuestras fuerzas.

Lo hacemos con estos premios y con nuestro aplauso fervoroso.

Junto a los grandes méritos que reconocemos en nuestros homenajeados, tenemos todavía una cosa más que agradecerles: las excelentes razones que nos han regalado para estudiar y para practicar el noble arte —que nos mejora a todos y que presta un servicio a España— de la admiración más sincera.

Muchas gracias.